

El GUDS y los movimientos reivindicativos de la sexualidad en el contexto de los procesos nacionales de democratización¹

En el año 2000, en la Universidad se respiraba un ambiente de gran efervescencia social y polarización política, fue una época marcada por las elecciones, la huelga universitaria (siempre impredecible) y la entrada de la policía militar a las instalaciones universitarias.

Atrás quedaban ya las grandes manifestaciones estudiantiles, donde –entre la multitud de banderas rojinegras y grupos dispersos– se asomaba, solitaria, una bandera con los colores del arcoiris. En ese entonces no entendía claramente su significado, pero intuía que se trataba de algo libertario, festivo y, al mismo tiempo, prohibido.

Fue sólo unos meses después, al reanudarse las actividades escolares, cuando supe que aquellos colores simbolizaban la lucha por el respeto de la diversidad y que los compañeros estudiantes que ondeaban aquella bandera –al interior de los contingentes que conformaron el movimiento estudiantil del Consejo General de Huelga (CGH)– se habían

organizado en el Grupo Universitario por la Diversidad Sexual (GUDS).

Como en otras ocasiones históricas, un movimiento social reivindicativo de la sexualidad emergía como una burbuja al interior de otro movimiento mucho más amplio. Este nuevo movimiento era heredero de aquellos emprendidos a fines de la década de 1970, de las primeras grandes organizaciones de la llamada liberación homosexual (Frente Homosexual Acción Revolucionaria, Lambda, Oikabeth, entre otras), las cuales irrumpieron en el espacio público, convulsionado por la emergencia de la izquierda electoral y de otros movimientos que habían permanecido por años en la clandestinidad y el ostracismo, ante la persecución del régimen político mexicano.

Así, en 1999, surgió el GUDS, un grupo organizado de las disidencias sexuales, cuyo objetivo era trabajar por el respeto de la diversidad sexual, tanto en la prevención como en la atención de casos de discriminación por orientación sexual o violencia por homofobia en los espacios universitarios. El GUDS nacía al amparo de un poderoso movimiento estudiantil cuya lucha inició impulsada por la defensa de la educación pública y que, durante varios meses, sostuvo una radicalidad que conmocionó la vida de la Universidad y de la ciudad misma.

De aquellos tiempos recuerdo un cartel emblemático, uno de los primeros que elaboró el GUDS, en el cual se invitaba a una mesa redonda sobre los peligros de la eventual llegada al poder de una derecha mexicana ultraconservadora, así como aquel otro que invitaba a la presentación del libro *La cuestión homosexual*, de Marina Castañeda. Fue entonces cuando me acerqué al GUDS, convirtiéndome en testigo de una compleja y contradictoria dinámica interna que

* Licenciado en Estudios Latinoamericanos egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en el 2006. Su tesis de licenciatura *La democratización del Estado y los movimientos sociales. Una perspectiva latinoamericana sobre los procesos de democratización y el movimiento gay en la Ciudad de México 1968-2000* recibió mención honorífica y fue seleccionada en el concurso de tesis de temas de discriminación de la UNAM y el CONAPRED en el año 2006. Continúa realizando estudios de sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad. Ha participado en diversas organizaciones sociales como el Grupo Universitario por la Diversidad Sexual, en programas culturales del gobierno de la Ciudad de México y en programas académicos en el Programa Universitario de Estudios de Género y en el Centro Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. Actualmente colabora en proyectos de investigación de la Universidad Veracruzana y en el Diagnóstico de violencia intrafamiliar que se está elaborando en ese estado.

¹ Este artículo fue presentado de manera parcial como ponencia inscrita en la I Asamblea de la Convención Nacional Democrática, celebrada el 16 de septiembre del 2006, en la Ciudad de México.

seguramente también comparten la mayoría de los grupos políticos que buscan reivindicar la diversidad sexual y que luchan contra la discriminación.

Las personas que integraban el GUDS se caracterizaban por su naturaleza diversa y, al mismo tiempo, incluyente: diferentes gustos eróticos, expresiones genéricas, clases sociales, edades, ideologías políticas, intereses afectivos y estilos de liderazgo, entre otras, confluían en un grupo y en donde pareció que lo único que podía aglutinar a una multitud de personas en un mismo espacio fue la identificación común de vivir una sexualidad disidente de la norma y, por ello, estigmatizada por el resto de la sociedad.²

Esa vasta diversidad de intereses, contenida sólo por ese delgado y frágil hilo formado por la complejidad de la vivencia marginal por razones sexuales, contribuye a explicar muchos de los fuertes conflictos que desgarraron por dentro al grupo y que, en cierto momento, llevarían a su disolución. En mi opinión un factor fundamental que explica este proceso fue la mezcla de la sexualidad y la política, elemento que caracteriza inevitablemente a la mayoría de los grupos políticos y los movimientos sociales que se organizan en torno a las reivindicaciones sexuales.

Resulta innegable que muchos de los integrantes del GUDS asistían al grupo por motivaciones políticas (hacer trabajo de educación sexual en la UNAM y denunciar la discriminación), mientras que otros sólo lo hacían por razones sexuales y afectivas (sociabilizar para encontrar amigos, potenciales parejas y encuentros sexuales). Si bien las motivaciones políticas no fueron las únicas presentes en el grupo –pues todos buscábamos, de algún modo, construir un espacio común para sociabilizar con otros individuos marcados por situaciones semejantes de marginalidad, aislamiento o discriminación–, ello no significa que todos los miembros realmente quisieran involucrarse en lo político, lo que implica la lucha por el respeto a la diversidad.

Es posible que la ruptura de este equilibrio entre las motivaciones políticas y sexo-afectivas de los integrantes de GUDS derivara en el paulatino deterioro de su activismo, a medida que la lucha política se volvió cada vez más marginal en el interés de la mayoría de los asistentes a las reuniones, pero, a la larga, el grupo de sociabilización también se disolvería, al carecer de las bases organizativas que todo grupo político establece para existir.

La sociabilización y la politización fueron procesos simultáneos en el desarrollo del GUDS, y cuando la primera se convirtió en el principal motor de acción del grupo, y la política se relegó a un plano secundario, vino el declive de la capacidad organizativa del GUDS. Un elemento que forma parte del proceso que describo se ejemplifica en el hecho de que la organización mostró una dependencia excesiva de

unos cuantos y carismáticos liderazgos, lo cual puso de manifiesto la grave carencia de institucionalización que debe exhibir toda militancia colectiva organizada. Así, la microhistoria del GUDS sólo era un reflejo de lo que ocurría en términos sociales más macros con el movimiento gay de la Ciudad de México.

Tanto el GUDS como las primeras organizaciones que reivindicaron la liberación homosexual en nuestra ciudad, surgieron en momentos políticos de gran efervescencia; fueron gestadas al interior de movimientos sociales más amplios y con ideologías políticas bien definidas dentro del espectro de la izquierda. Sin embargo, una vez concluido el proceso político de génesis, los movimientos reivindicativos de lo sexual se convirtieron en grupos más plurales, unidos más por sus causas y orientaciones sexuales que por sus afinidades ideológicas o políticas.

No obstante, aunque el GUDS desapareció, en la Universidad quedó la conciencia de la necesidad de un movimiento reivindicativo de respeto a la diversidad. Por eso, varios años después de su desintegración, este grupo sigue siendo una entrañable referencia para muchos otros que, posteriormente, buscaron expresar su disidencia sexual a través del activismo militante o de encuentros de sociabilización, en varias escuelas y espacios universitarios; sobre todo en el contexto actual, en cuya coyuntura política –como reflexión emprendida desde la perspectiva del movimiento de las disidencias sexuales– se agudiza la crisis política y se reposiciona la derecha ultraconservadora en México.

En 2006, el país experimentó un proceso político excepcionalmente intenso, cuando se vislumbró como real la oportunidad de que nuevas fuerzas políticas, democráticas e identificadas con la izquierda, pudieran ascender al poder nacional, mediante el impulso de la candidatura de Andrés Manuel López Obrador.

Sin embargo, lo que caracteriza actualmente al complejo proceso político mexicano es una enorme serie de retrocesos. Las campañas electorales rebasaron en mucho todos los topes legales; nuevamente irrumpen candidatos oficiales y modalidades de partido de Estado (que se creían ya superadas), con el consecuente uso de todo el monopolio del poder público, gubernamental y estatal, para favorecer a los elegidos del régimen; las instituciones electorales se convierten en meros apéndices del gobierno en turno; en suma, la democracia se ve clausurada, la naciente transparencia electoral se enturbia y surgen nuevos mecanismos autoritarios: los poderes fácticos extralegales y los totalitarismos mediáticos.

2 De hecho, el lema de GUDS era: “Porque la riqueza de nuestra diversidad es la fuerza de nuestra unidad” y, en su momento de mayor auge, la organización llegó a agrupar a cientos de personas.



Si a lo anterior se agrega la militarización de la vida pública, la criminalización de diversos movimientos sociales, la violencia exacerbada por parte de grupos organizados estatales y privados, así como las violaciones sistemáticas de los derechos humanos en amplias regiones del territorio nacional, sin duda, se verá desalentada cualquier visión optimista sobre la supuesta estabilidad democrática del país.

Y en toda esta compleja coyuntura, de nuevo nos preguntamos: ¿dónde está la lucha por el respeto a la diversidad sexual? Por un lado, considero que gran parte de los activismos de la disidencia sexual se estancaron en un profundo y preocupante silencio y (lo que es aún más inquietante) en la inacción para tomar una posición ante la coyuntura política actual.

Ya sea por la corrupción que a veces deja la férrea competencia por el favoritismo de los recursos económicos gubernamentales y empresariales, o por un exacerbado ensimismamiento que no permite ver más allá de los propios intereses particulares, lo cierto es que muchos de estos activismos no han tenido la capacidad de diferenciar entre lo electoral y lo democrático, entre lo que concierne a individuos con sus preferencias partidarias y lo que concierne a todos los mexicanos, como ciudadanos y entes democráticos.³

En este sentido, resulta desafortunado reconocer que, pese a que los movimientos reivindicativos de la diversidad sexual realizan valiosos reclamos y aportes a la sociedad (como la reciente aprobación en la Ciudad de México de la Ley de Sociedades de Convivencia), a

veces también tienden a caer en el vacío, en una falta de sensibilidad con respecto a la conciencia de que existen otras causas sociales y políticas también trascendentes, por las cuales vale la pena seguir luchando. En fin, es importante trascender ese vacío que deja la lucha social cuando se carece de reflexión crítica y del análisis creativo para meditar el momento y el espacio político donde se sitúan los propios movimientos.

Por otro lado, también hay una expresión alentadora que se manifestó en muchas personas que —primero de manera espontánea e individual y, posteriormente, de modo más organizado y colectivo— han hecho visible la reivindicación de la diversidad sexual al interior de las luchas ciudadanas democráticas de este momento. En las manifestaciones multitudinarias y en las nuevas acciones creativas de resistencia, emergen de nuevo las banderas de arcoiris y los discursos rebeldes, libertarios y disidentes, gestados en lo más hondo de las experiencias de vida de tantas mujeres y hombres acostumbrados a ser discriminados por infinidad de causas.

Ahora resultaría imposible calcular numéricamente cuántas de las personas que están luchando por la democracia en México reivindican, al mismo tiempo, el respeto por la diversidad sexual y el derecho de todos a expresarse, pero no hay duda alguna de que existen y están dejando una huella histórica en las luchas democratizadoras.

La democracia es un sistema político que reconoce el poder de los ciudadanos para intervenir en la elección de sus gobiernos y en la definición de las políticas públicas que los afectan. La democracia como medio de convivencia social pacífica implica también el reconocimiento y respeto de los derechos humanos y de la diversidad de toda la población que se identifica con ella. Por ello, en una democracia (como la que, demagógicamente, se dice que existe en nuestro país) es fundamental el respeto por la diferencia y el reconocimiento de la diversidad, sin importar la condición económica, social, política, cultural, étnica, religiosa, sexual y genérica de los individuos y colectividades que la asumen como medio de convivencia pacífica.

El movimiento en defensa de la democracia y por la transformación de nuestro México, el cual ha encontrado nuevas posibilidades en la Convención Nacional Democrática, debe comprometerse a fondo en impulsar como principio esencial el respeto y el reconocimiento de todas las diversidades que conforman nuestro pueblo, como un país con una de las mayores diversidades culturales del planeta.

Ante la embestida de una derecha gobernante corrupta, hipócrita, autoritaria, intolerante, violenta, fundamentalista y recalcitrante —que enfatiza la uniformidad, la negación de las diferencias y la satanización de las disidencias, mediante el símbolo de una

3 Sin duda, el arduo proceso por el que transitó la aprobación de la iniciativa de la Ley de Sociedades de Convivencia alentó la desconfianza de amplios sectores de las disidencia sexual respecto de la alternativa que ofrecía López Obrador, pero eso no justifica el silencio ante los abusos y retrocesos que han agravado a millones de mexicanos, como son las atroces violaciones a los derechos humanos cometidas por los cuerpos policiales y militares contra activistas sociales, o la pulverización de los sistemas de cómputo y conteo del sistema electoral mexicano.

supuesta limpieza y la pureza del blanco—, el movimiento democrático de resistencia civil pacífica que busca la transformación del país debe oponerse, con un discurso contestatario y firme, pero también creativo, pacífico y colorido, que logre reivindicar todos los colores de la diversidad y ganar el respeto de las diferencias y el derecho a disentir. Pero no es sólo en el discurso el movimiento democrático transformador donde debemos comprometernos con el respeto y el reconocimiento de la diversidad, sino, sobre todo, en las prácticas políticas y sociales concretas que sobrevendrán de ahora en adelante.

Amplios sectores de la población comprometidos con el proyecto democrático ya no admitirán el autoritarismo, la violencia, la intolerancia y la discriminación como medios de negar las diferencias y oprimir las disidencias en un pueblo caracterizado por sus vastas diferencias sociales, económicas, étnicas, raciales, sexuales, culturales, políticas y religiosas. Es el momento de reconstruir *de facto* la democracia, mediante una lucha social enriquecedora que logre hacer realidad los sueños de justicia, igualdad y equidad que aún tenemos la mayoría de los mexicanos. Este camino pasa necesariamente por la reivindicación del respeto a la diversidad y la eliminación real de las condiciones de desigualdad, injusticia, opresión y discriminación que la niegan.

Millones de pobres, mujeres, indígenas, ancianos, gays, lesbianas, bisexuales, transexuales, personas con capacidades diferentes, campesinos, obreros, integrantes de diversas comunidades religiosas o enfermos de SIDA fincan su esperanza en esta tarea titánica de reconstruir la democracia y renovar la convivencia pacífica entre los mexicanos. No podemos esperar

mucho de una derecha gobernante, por el contrario, la esperanza democrática y reivindicativa radica en nosotros mismos, en los movimientos sociales que han encontrado un cauce en la Convención Nacional Democrática (y en otros espacios e iniciativas, como la Otra Campaña zapatista) y en el nuevo esfuerzo incluyente que podrá aglutinar a todos.

Tanto México como el mundo actual se ven amenazados por una violencia brutal, producto de la negación del reconocimiento de las múltiples diversidades. Los movimientos actuales de izquierda — cualquiera que sea el rumbo que tomen o el espíritu que los origine— pueden erigirse en medios de convivencia pacífica para un pueblo asediado por la violencia y fijarse como meta esencial renovar la esperanza que también sembraron los foros sociales mundiales y el zapatismo; aquella otra esperanza que nos hizo creer que *otro mundo y otro México son posibles... por un mundo y un México donde quepan muchos mundos*.

Varios pensadores, tanto en las ciencias sociales como en las humanidades, han sostenido que los movimientos sociales, con su acción creativa, contribuyen a la democratización de las sociedades y de sus sistemas políticos; por eso un movimiento social no puede ser ajeno a las circunstancias políticas de su entorno. Es de esencial importancia que el propio activismo de los sectores de las disidencias sexuales discriminadas reflexione sobre ello y comprenda la enorme potencialidad que puede tener su lucha, si son capaces de vincularla con las luchas de otros movimientos sociales, en su búsqueda de mejores condiciones sociales y de una verdadera democratización de nuestro país. **ts**

